

ct

Los niños oscuros de Morelia

de
Albert Tola

(fragmento)

1. El juego del error fatídico

Un camarote.

Un círculo de velas y flores.

Una puerta cerrada.

Al fondo, otra puerta, esta vez abierta, que da a una habitación contigua.

Aunque no se distingue con facilidad, hay una pequeña mancha de sangre en la parte baja del

lindar de la puerta abierta.

Pablo entra corriendo en el círculo de flores. Gracián entra en el círculo corriendo detrás.

PABLO

¡Mis niños! ¡Mis niños! ¡Bájenlos del tren! ¡Bájenlos del tren! ¡Es un error!

GRACIÁN

¿Un error? ¿Cómo que un error?

PABLO

Lo que oye, un error. ¡Le pido que bajen a mis hijos del tren!

GRACIÁN

¡Caballero, no es nuestro problema si se arrepiente!

PABLO

(Juguetón y dramático.) ¡Es un error gravísimo! ¡Ésta gente no quiere a sus hijos! ¡Estos padres son unos desalmados! ¡Yo no soy así! ¡Se llaman Ramírez: Paula, Matías y Tomás! ¡Soy su padre y exijo que bajen del tren! ¡No doy la autorización para que se vayan! Ya se lo he dicho: ha sido un error.

GRACIÁN

Usted parece un loro: ¡ha sido un error! ¡Ha sido un error fatídico! A ver, ¿por qué ha sido un error?

PABLO

Porque mis hijos están en el tren, y yo no quiero que se vayan.

GRACIÁN

¡Anda que listo! Ni usted, ni la mayoría de padres que nos rodean.

PABLO

Sí, pero los demás los han dado libremente.

GRACIÁN

Ah, y usted no.

PABLO

Le estoy diciendo que se trata de un error. No sabía lo que firmaba.

Un tiempo.

PABLO

Espere, espere... *serio* ¿No me habrán engañado?

GRACIÁN

(Lentamente.) Ahora no nos eche la culpa a nosotros. La próxima vez, se fija.

PABLO

Calle, no me atormente. ¿Es usted el responsable?

GRACIÁN

¿No lo somos todos?

PABLO

Yo no sé leer ni escribir. Creí que los inscribía a una guardería. Usted me tiene que entender.

GRACIÁN

¿Y por qué se supone que yo le tengo que entender? ¿Quién entiende a nadie aquí? ¿Quién entiende nada aquí?

PABLO

Lo único que entiendo es que no quiero perder a mis hijos. No sabía lo que firmaba.

GRACIÁN

¿Y a mí que me cuenta? Esto mismo les ha pasado a muchos. ¿Por qué tendría que favorecerle a usted precisamente?

PABLO

Porque confieso mis errores.

GRACIÁN

¿Y quién no? El problema en este país no es confesar los errores, es que ocurra algo después de haberlos confesado. Además, aquí todo el mundo se equivoca todo el tiempo. No hay nada de extraordinario en equivocarse. ¿Cómo va a pretender usted un trato de excepción por equivocarse? ¡Aquí debería merecer un trato de excepción el que acierta! ¡Un barco lleno de niños rumbo a la nada! Si todo esto es un error de principio a fin. ¿No es ésta guerra un gran error? Una guerra entre hermanos, no hace falta decir nada más. Una bandera es siempre un error ortográfico: da igual en la lengua que sea. Usted no sabrá leer ni escribir, pero bien podrá leer el error en cada una de estas caras. Cada una de estas caras es la suya. Cada una llora como usted. ¿Por qué debería yo favorecer la suya entre todas las demás? Deme una sola razón. Sepa que yo me tengo por un hombre justo.

PABLO

Si lo fuera sería menos rígido. Usted sólo es ecuánime, no llega a justo.

GRACIÁN

Usted tiene razón: no habla con el hombre justo.

PABLO

Le exijo que me los devuelva ahora mismo.

GRACIÁN

(Histriónico.) Me hago cargo de su desesperación... no se los puedo devolver.

PABLO

¿Qué es exactamente lo que no entiende de lo que le estoy diciendo?

GRACIÁN

Si le devuelvo sus hijos, lo tendré que hacer con muchos más. ¿Sería justo eso? Además, tenemos un compromiso con México. Ya han acogido a nuestros intelectuales, ahora cuidan de nuestros niños.

PABLO

(Irónico.) ¡Que se queden a los intelectuales!

Un tiempo.

PABLO

Yo no sé leer, ¿qué me habla usted de intelectuales? Firmé un papel sin saber lo que firmaba. Quiero a mis niños de vuelta. Y si por eso se baja medio barco, mejor: así verán lo mala que es su idea.

GRACIÁN

No. Se puede decir más alto pero no más claro.

PABLO

Bájelos por el otro lado de la vía. Me iré sin hacer ruido.

GRACIÁN

Usted está zumbado.

PABLO

No diré nada a nadie.

GRACIÁN

Sólo será un año, caballero, se lo aseguro. Créame, les cuidaremos bien. No pasarán hambre. Irán a la escuela. Vivirán en una burbuja de paz. Y cuando haya terminado la guerra, volverán. Ahora es un momento doloroso, pero no tendrá que sufrir por ellos todo este tiempo. Piénselo como un sueño. Un sueño breve y extraño que sólo será eso, un sueño, al fin y al cabo. Sus hijos no tendrán las secuelas de la guerra de por vida, como los que se quedan en España. Los que se queden, esos sí

que van a sufrir. ¿De verdad no les quiere ahorrar a sus hijos las secuelas de la guerra? (*Gracián le da a Pablo una colleja.*) No te rías, Pepino...

PABLO

Señor Zanahoria, le pido por favor que vuelva a considerarlo.

Se ríen. Logran contenerse.

PABLO

Baje a mis hijos del tren. Me los quiero llevar a casa. No quiero volver y decirle a mi mujer que los hemos perdido. Me da miedo que si se suben a ese barco, no los vuelva a ver nunca más.

GRACIÁN

Demasiado tarde.

PABLO

¡Son pequeños! ¡Aquí hay chicos que son matones! ¡Hijos de anarquistas! ¿Entiende?

La risa es contagiosa. La seriedad, un esfuerzo.

GRACIÁN

Lo lamento. Lo que usted me pide es imposible.

PABLO

¿Quién es usted para quitármelos? ¡Soy su padre!

GRACIÁN

(*Saca un pañuelo manchado de sangre del bolsillo y se lo enseña.*) Usted firmó un papel.

PABLO

Yo no sabía lo que firmaba. Si los entregué porque supuestamente era mi voluntad, ahora mi voluntad ha cambiado, y mi voluntad es que no se vayan. Mis hijos tendrán las secuelas de haber vivido la guerra abandonados por sus padres. ¿Por qué no me los quiere devolver?

GRACIÁN

Es una cuestión de principios y de lealtad a nuestros benefactores.

PABLO

¿Benefactores? ¿Los benefactores de quién? Si usted mismo acaba de decir que todo esto es un error. A ver, ¿son hijos suyos?

GRACIÁN

Como si lo fueran. Los cuatrocientos niños que hay en esta lista.

PABLO

Los trescientos cincuenta y seis, querrá decir.

GRACIÁN

Los trescientos cincuenta y seis, me gusta su precisión.

PABLO

Por lo que usted más quiera: devuélvamelos.

GRACIÁN

Lo siento.

PABLO

Mi vida está en sus manos.

GRACIÁN

¡Que le joda un pez!

Ruedan por el suelo de risa.

PABLO

(Sale del círculo.) El tren partió hacia Marsella, y el tipo seguía gritando...

GRACIÁN

(Da vueltas dentro del círculo.) ¡Paula! ¡Matías! ¡Tomás! ¡Paula! ¡Matías! ¡Tomás! ¡Paula! ¡Matías!
¡Tomás!

PABLO

¿Sabes quiénes son?

GRACIÁN

No sé.

Un tiempo.

PABLO

Ese hombre va a volver a ver a sus hijos.

Gracián se detiene.

GRACIÁN

Tal vez. No va a ser el caso de mi madre.

PABLO

No digas eso.

GRACIÁN

Está bien, pues no lo digo.